

¿Y qué decir, caro Eduardo,  
de los más nimios animales,  
que suben, mean el espejo,  
se despojan de su madeja,  
se hunden en la tinaja, buscan gajes  
y se afilan las uñas?  
Tú me dirás que el tigre es de Bengala  
(no, no, nunca lo has dicho  
—que mi oratoria nunca te atribuya  
tamañas confusiones— tú no, acaso),  
mas todo está manga por hombre  
y sin espuela, pues:  
los murciélagos son de Murcia,  
los osos son de Osuna,  
el jabalí, de Java,  
el pato, de la Patagonia,  
las moscas de Moscú (como suele jurar Gabino),  
los lobos de Lovaina (y con falta de ortografía),  
las tarántulas de Taranto (Táranto en italiano),  
los pavos, de Pavía  
y las liendres, de Londres.

(¿No ves cómo desaparecen las inconsecuencias, el habla se sostiene en sus  
ejes no lastimosamente y los paisajes se organizan sin contradicción, con en su  
sitio exacto cada ojo y su debido nido en cada reverdecido agujero? ¿No ves que  
el grajo es el inventor de las grajeas y la abubilla vive de la sopa boba?)

Pues bien:

los milanos son de Milán,  
los cerdos, de Cerdeña,  
y los corzos de Córcega,  
y las angulas de Angulema,  
las martas de la Martinica  
y las ratas de Ratisbona (y suelen estar a dieta);  
las chinches de Chinchón y de Chinchilla,  
los ciervos de Cervera,  
y los ciervos de antes del castillo de San Cervantes  
los renos, de la Renania,  
y el bonito de Don Benito (Extremadura),  
los loros, de Loreto  
y así sucesivamente. (Sin embargo,  
considérame, hermano, y bien entiéndelo,  
que nos faltan los dulces y parlanchines vegetales  
sembrados por abajo según costumbre inexplicable;  
porque si bien es cierto que una yerba se llama mieldacruz  
(según el diccionario de la Real Academia Española),  
y otra más nomeolvides, no lo es menos  
que las peras son del Perú,  
los álamos de Alhama,  
los paraguas del Paraguay (aunque disimulen ser corolas),  
y que las palmeras son de Palmira  
y las cañas de Ocaña y de Alcañiz.